

Los primeros de la clase y los últimos románticos. Una etnografía para la crítica de la visión instrumental de la enseñanza

Ángel Díaz de Rada,
Madrid, Siglo XXI, 1996

He aquí un saludable trabajo etnográfico en el ámbito educativo (tanto por su calidad como por la escasez de este tipo de investigaciones). Se trata de un texto que recoge el trabajo de campo y las reflexiones del autor tras permanecer varios años en un instituto público de Bachillerato y en un colegio privado (que imparte desde la educación primaria hasta el COU, aunque aquí el autor se centró sólo en la sección de Bachiller y COU). Son centros que acogen a diferentes clientelas sociales. El instituto escolariza a hijos de trabajadores manuales y no manuales de rutina, mientras que los padres de los alumnos del colegio son fundamentalmente directivos y expertos (clase media asalariada). Uno de los elementos que marca la diferencia entre las familias de uno y otro centro es el hecho de que la mayoría de las madres del colegio trabajan, mientras que en el instituto son mayoría las amas de casa. Estas diferencias sociales se traducen en diferencias de rendimiento académico (bajo, aunque no excesivamente en el centro público, y alto en el privado).

Hay dos factores que condicionan (y limitan) las conclusiones que cupiera extraer de este trabajo. En primer lugar, la etnografía no supuso centrarse en la vida de las aulas, sino que se focalizó en actividades más bien periféricas (aunque importantes)

para el desarrollo de la vida de ambos centros (reuniones del Consejo Escolar, del APA, festejos, etc.). En segundo lugar, la observación es mucho más amplia en el centro público que en el privado (lo cual dice mucho sobre el tipo de vida social que se lleva a cabo en un sitio y en otro). Como el propio autor (cuya honestidad intelectual queda patente en el libro) señala, en el colegio no pasó de ser un «visitante» (*sic*). Esto se traduce en un claro desequilibrio en la descripción de uno y otro centro. Así el instituto parece plagado de actividades extraescolares en el seno del centro, de problemas de absentismo detectados por los padres del APA, etc., mientras que el colegio parece un anodino dechado de virtudes.

Una de las grandes diferencias entre ambos centros es el modo en que se genera la comunidad. En el caso del colegio es la propia dirección la que, apoyándose en una base social homogénea de elevado capital cultural, articula los mecanismos de cohesión social: asociaciones de antiguos alumnos (a veces muy antiguos), galas musicales, festivales artísticos, excursiones, etc. A partir de aquí no es extraño que el colegio se presente a sí mismo como un segundo hogar, una gran familia, etc. (justamente lo que Kant no quería que fuera la educación).

Sin embargo, en el instituto son algunos profesores (los románticos del título del libro) los que, a partir de su voluntarismo, tratan de generar una comunidad. Fruto de ello son las actividades que, con gran entusiasmo, describe y analiza Díaz de Rada: el día del libro, la fiesta de la Revolución (fiesta en que los estudiantes tienen la posibilidad de guillotinar a sus profesores), etc.

En el colegio se enfatiza hasta el exceso la disciplina. Su coordinador de BUP declaraba que «entrar en clase es sentarse, estar en silencio y atender a lo que dice el profesor» (p. 148), lo cual revela un tipo de pedagogía jesuítica (o bancaria, si seguimos la terminología de Freire,) pedagogía que relega al estudiante a un mero recipiente pasivo que hay que llenar de conocimiento. A esto hay que añadir la ignorancia por parte del profesorado de las iniciativas que pudiera tener el Departamento de Orientación.

Es de destacar el marcado escepticismo del autor con respecto a su trabajo de psicólogo en el instituto y con respecto a su labor de investigador en los dos centros. De este modo declara que en su labor de asistente de psicólogo se veía obligado a dar consejos que ni él mismo era capaz de entender (cosa que debe ocurrir con la mayoría de estudiantes y progenitores que acuden a este tipo de servicios en la escuela) o que cuando explicó al Claustro del Instituto los avances de su trabajo de investigación sus observaciones causaron indiferencia a los

profesores (lo que achaca al hieratismo con que muchas veces los expertos presentan sus conclusiones y a las dificultades que comporta la exposición de los resultados).

Habría que hacer alguna precisión metodológica. Los trabajos etnográficos siempre plantean el problema del posible acendrado subjetivismo del investigador: él es quien elabora el diario de campo, sus observaciones son en buena medida elaboraciones propias, etc. En este caso habría que añadir si el hecho de haber realizado tareas de auxiliar del psicólogo en el Instituto no ha condicionado la percepción que los estudiantes, los padres y madres, y en menor medida los profesores, hayan podido tener del autor y si esto ha sesgado las entrevistas en profundidad. Alguna crítica similar concitó la etnografía del sociólogo Peter Aggleton (*Rebels Without a Cause*) debido a que había sido profesor del centro en el que posteriormente hizo su trabajo de campo.

Una omisión destacable en este trabajo es la del género. En un contexto como la escuela donde la

mayoría del profesorado es femenino y que posiblemente sea la esfera menos sexista (aún siendo sexista) de la sociedad se echa en falta alguna referencia sustantiva a esta cuestión.

En lo que se refiere a la variable clase social si bien es cierto que el autor presenta las diferentes clientelas sociales de un centro y otro, no se observa cómo la clase social influye sobre los rendimientos escolares o el modo en que el profesorado percibe la clase social de sus estudiantes. Es decir, el lector no sabe cuál sea la relevancia de traer a colación la componente de clase del instituto y del colegio.

Tras estas críticas (seguramente las propias de un sociólogo) no debe perderse de vista que estamos en presencia de un denso y muy bien escrito trabajo de etnografía escolar, que sin duda permitirá a los enseñantes reflexionar sobre su práctica cotidiana y a la comunidad científica agrandar su conocimiento de la vida en los centros educativos.

Rafael Feito Alonso